

na, porque la indiferencia y el egoísmo la cercan; germinan en su pecho todas las rivalidades, porque mira en todo momento mujeres más poderosas y más brillantemente ataviadas: de todo lo cual vemos surgir, con aterradora frecuencia, la ambición que desvela, la enfermedad que mina, el odio que emponzoña, el enlace contraído sin estimación ni amor; hogares, en suma, que se visten de las apariencias cristianas cuando son realmente el hogar ateniense ó romano, valdense ó islamita. ¡Oh! De estas aguas infectas solamente pueden salir el infortunio y el llanto, á la manera que de los vapores de la tierra, en horas de tempestad, suelen salir la electricidad y el rayo que destruyen y matan.

Como contraste venturoso de este bosquejo tristísimo, fijemos ahora nuestra mirada en esas jóvenes pudorosas que buscan en los misterios católicos, en la vida de los grandes Santos, en las virtudes inimitables de la Virgen María, en el retiro y en las festividades del Templo, el alimento de su espíritu, la escuela de su existencia. ¡Ah, hermanos míos! Yo conozco, por dicha, y para consuelo y edificación de mi ánimo, algunos de esos privilegiados seres; que nunca, nunca faltarán en los apriscos del amor divino almas especialmente predestinadas que se acerquen por su humildad, su caridad y su cumplida obediencia al Altísimo, á la naturaleza angélica. Sí; yo he encontrado en los eriales de la sociedad un alma

casta, hija é imitadora de la celestial María, que, siendo bella, noble, rica, inteligente y amada, parece estar suspendida entre el cielo y la tierra, no como la Mitología nos cuenta de una diosa, por el favor de Júpiter, sino por el candor, por la gracia, por una conformidad sublime, ofreciendo á Dios, sin cesar, el sacrificio de sus anhelos, de sus votos, de su voluntad entera, por no alterar el lago cristalino del hogar doméstico. donde hay alas para la piedad, pero no tan robustas y ligeras como las suyas; donde se practica la virtud y se acata con sumisión completa el dogma, pero no se alcanzan distintamente las cúspides de la perfección, las sublimidades de un holocausto voluntario, los ideales sobrehumanos de las almas más singularmente escogidas.

Ahora bien: con todas estas reflexiones podéis deducir, jóvenes educandas que escucháis mis sinceras y vehementes frases, de cuánto amor, de cuánta gratitud, de cuán hondo respeto sois deudoras á esas venerables Madres que cuidan tan asidua é incansablemente de centuplicar en vuestro corazón la semilla de vuestros talentos y de vuestras virtudes. A mí me encanta considerar el vínculo perdurable que liga vuestra vida, tan henchida de esperanzas risueñas, con la vida de esas dulces Religiosas, tan llena de abnegaciones santas; vínculo que no vemos desatarse nunca, ni en la longevidad, ni en la fortuna, ni en la desgracia. Y es que en esa estrecha unión



de madres é hijas del espíritu se verifica una reciprocidad tal de enseñanzas, de sentimientos, de servicios, que enlaza las almas para siempre. Vosotras, tan niñas y tan inexpertas como sois, enseñáis á las Religiosas á conocer más y más las necesidades del mundo; y ellas, previniéndolas y aliviándolas desde su soledad, perfeccionan también prodigiosamente sus vocaciones. Esas mujeres ejemplares infunden en vuestro ser una dulzura inagotable y una prudencia exquisita, que han de servir para que conquistéis voluntades y consoléis las almas: vosotras les infundís á vuestra vez una piedad, una paciencia, una templanza, que lindan con las bondades infinitas. Ellas os enseñan eficaces secretos para que podáis constituirlos, aun dentro de los ruidos del mundo, en aquel aislamiento del corazón, en aquella pureza de intenciones que salvan el espíritu de todos los mentidos halagos y de todas las grandes violencias: vosotras, eternamente reconocidas á sus instrucciones y sus consejos, vais inalterablemente, en vuestra juventud, en vuestra madurez y en vuestra ancianidad, á inundarlas de júbilo, á entreabrirles el cielo, con la relación animada y detenida de vuestras luchas y de vuestras victorias. Son esas las relaciones de la luz y la flor: la luz infunde en la flor el calor y la vida: la flor envía, en cambio, á la luz su belleza y su fragancia.

Debiendo ya, Señores, resumir el presente Dis-

curso, diremos que la Virgen María, Madre de Dios, penetrando con temor santo y con humildad perfecta en la Casa del Señor; creciendo allí sin sombras que eclipsen su inocencia, sin pasiones que la desvíen jamás de las austeridades del deber; viviendo frecuentemente entre los ángeles, é identificándose por la oración con la gracia y con la voluntad del Altísimo; recreándose, por último, con la fe y con la esperanza de la venida del Libertado futuro, es la Mujer maravillosa y única que muestra desde su retiro el medio seguro é infalible de vivir en la ley y en la caridad de Cristo, para gloria y adoración del Padre celestial, que nos mira y nos bendice desde su excelso Trono. Y al resplandor vivísimo de esta enseñanza y este ejemplo de la Virgen de Israel, las venerables moradoras de estos claustros, inspirándose igualmente en el temor de Dios, que es el principio de la Sabiduría (1); hermanando la imponderable sublimidad de la oración con la nobleza y la virtud del trabajo; preservando con impenetrable escudo á los sencillos seres confiados á su custodia, y á los que aguarda con impaciencia el mundo para hacer de ellos víctimas que juzga indefensas, su presa más codiciada y preferida; esas maestras admirables, repito, son el más rico ornamento de la Iglesia Católica, y la lucerna fulgente y regeneradora de la caridad de Cristo para

(1) *Eccli.*, 1, 16.



la sociedad contemporánea. *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* ¡Oh! ¡Benditas seais, hermanas mías, del cielo y de la tierra! ¡Que el Dios Eterno y Misericordioso bendiga vuestros esfuerzos, dirija vuestros pasos, recompense vuestras virtudes! ¡Que la Virgen María, Madre de Dios, reine constantemente en vuestros entendimientos y vuestros corazones, y vele sobre vuestra vida, hasta que exhaléis el último suspiro, y esa Madre amorosísima, con el cortejo de los ángeles y de los bienaventurados, salga al encuentro de vuestra alma para acompañaros á la mansión de los justos!

Una palabra aún para vosotras, preciosas niñas, algunas de las cuales habéis entrado ya en el Abril de la vida; que aspiráis ahora el aroma de las primeras rosas del espíritu, que tenéis delante de vuestra vista un horizonte sin nubes, y que desconocéis todavía los desengaños y las lágrimas: ¡cuán felices sois, y cómo quisiera yo, con mis acentos y con mis votos, asegurar vuestro porvenir y vuestra dicha! Sabed que nosotros, los Ministros del Santuario, os amamos especialmente, porque vuestra misión dulce y consoladora, vuestro espíritu de caridad y sacrificio, os hacen naturalmente colaboradoras del Sacerdote en las hermosas empresas de ganar entendimientos y corazones para la verdad y la virtud. En las grandes crisis de los pueblos atribulados, en las horas del llanto de las familias afligidas,

en los días de persecución de los hombres virtuosos, la mujer cristiana ejecuta los mayores prodigios; ella no olvida la historia de aquellas vírgenes, aquellas matronas y aquellas viudas eclesiásticas que ayudaban en su apostolado á San Pablo. ¡Oh! ¡Quiera el cielo, jóvenes predilectas de la Iglesia y de todas las almas generosas; quiera el cielo que el recuerdo de los actos conmovedores que en esta mañana realizasteis, del Sacramento eucarístico que recibisteis, de las ofrendas que habéis presentado ante las plantas de María, sea luz perenne y estímulo nobilísimo para que copiéis los pensamientos y las virtudes de esa Virgen en el Santuario en que vivís y en el Nazareth que os esté reservado! ¡Que entretanto que vuestro corazón os pertenezca, lo podáis enseñar por todos lados al mundo tan claro y transparente como las ondas del arroyo en una mañana de Estío! ¡Que cuando depositéis vuestra felicidad en la mano de un esposo, sepáis escogerle honrado y digno, y logréis iluminar más y más su inteligencia, y purificar más y más sus sentimientos con el ambiente de vuestra fe y de vuestras virtudes! ¡Que los hijos que la Providencia os otorgue os tributen luego todas las ofrendas del cariño y de la piedad, asemejándose, como los hijos de los antiguos Patriarcas, á esos frondosos árboles que rodean y acarician con sus ramas el tronco que les dió vida.

He concluído, Señores. Yo hubiese querido hoy



que todos vuestros entendimientos se adaptaran á mi entendimiento, así como mi corazón ha procurado imitar el fervor de vuestros corazones. Temía no saber colocarme á la altura de los talentos cultivados; temía también elevarme demasiado sobre los talentos sencillos; pero voy á terminar este Discurso haciendo una reflexión que entiende siempre el alma. Preguntaron á Aristóteles que «por qué amaba la hermosura;» y Aristóteles contestó «que amaba la hermosura porque... porque era imposible verla sin amarla.» Pues bien; aun cuando nosotros no podamos comprender todas las excelencias de María, sólo su vista es bastante para cautivar irresistiblemente nuestro espíritu. La Virgen María no ha tenido, no tendrá nunca, ni un pintor ni un escultor acabado en la tierra, porque no se puede retratar cumplidamente la sabiduría, ni la modestia, ni el pudor, ni los tesoros de gracias sobrenaturales que inundan á la Madre del Humanado Verbo; pero levantando nuestra mente hacia ese tipo ideal, hacia ese ser casi divino, que inspiró á tantos grandes artistas, nosotros doblaremos siempre la rodilla ante toda imagen de María, para presentarle nuestras preces, ora acompañadas de nuestras sonrisas, ora de nuestro llanto, diciéndole con el acento purísimo del alma:

¡Madre mía! ¡Yo te adoro y te amo con el fuego de un corazón contrito! Te adoro, porque tu poderío y tu majestad me deslumbran; te amo,

porque tu dulzura y tu misericordia me conmueven. ¡Madre mía, yo te bendigo con las bendiciones de los ángeles, con las bendiciones de los Santos, con las bendiciones de toda la naturaleza, porque nunca desoíste mi súplica, porque en Ti pongo la esperanza de mis puras alegrías, y porque de Ti espero el goce eterno de los bienaventurados!

ASÍ SEA

